

INTRODUCCIÓN





El Príncipe y el Hereje

«Vidas paralelas» de Américo Castro y Marcel Bataillon

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN

Américo Castro y Marcel Bataillon, o don Américo y don Marcelo, como, con esa mezcla tan propiamente hispánica de consideración reverencial y respeto y, a la vez, de confianza y afecto cuasifamiliares, se los llamaba en los vastos territorios del habla hispana. Cuando el «don» es una conquista, y no resultado de títulos o prebendas, ni consecuencia de trapicheos o corruptelas, una conquista social que ningún poder otorga ni nadie puede reclamar alegando méritos o distinciones de ningún tipo, sino que deviene en el curso de una vida, o, más bien, acontece en él como una donación de esa raíz genuinamente popular que nunca ha dejado de latir en el centro descentrado de la lengua española. Quien lo da sabe del merecimiento superior de la persona, algo que va más allá de la excelencia de sus trabajos y del intrínseco valor de sus frutos, pues premia sobre todo al ser que se entrega en cuerpo y alma en su quehacer y funda en ello el compromiso insobornable de su vida. Quien lo recibe siente el honor que se le hace, primero lo siente y después —quizá— llega también a saberlo, a saberse dentro de una forma de vida con sabor antiguo que alienta bajo los usos adormecidos de la lengua. Un saberse dentro que es como sentirse en casa, no porque en efecto lo sea o pueda nunca llegar a serlo, sino porque quien lo otorga quiere que así sea y para ello abre las puertas de la suya. Que son las de su lengua. Por ellas se accede a la revelación del secreto de ese ser que se es colectivamente en el ejercicio cotidiano de irse haciendo,



siempre en función no despreciable de lo ya cerrado y sido y de lo aún abierto y por venir acaso. Y conste que solo se abren a quienes —héroes cervantinos— han templado su ánimo en la preferencia de los caminos a las posadas.

No es fácil saber llevar el «don». No es un trofeo que lucir ni un pedestal donde empinarse, sino una forma de reconocimiento en la fidelidad de la correspondencia. Si no se corresponde se pierde. Si no se corresponde se cae en desgracia y luego es casi imposible remontar la adversidad de la corriente. ¡Cuánto don perdido por no haber sabido llevarlo! Es la efectiva correspondencia a ese fondo que late inexpresso como forma de vida en los usos cotidianos de la lengua la que sostiene el auténtico sentido de la donación. Pero la correspondencia al fondo requiere forma. De otro modo: son las formas las que la forjan y despliegan. Hace falta porte, estilo. Y es exigencia sustancial y sustantiva, pues solo en las formas logra la correspondencia manifestarse en su ser y en su verdad. Porte, compostura, estilo. En el perímetro de esa virtud de la forma capaz de soportar con discreción la levedad del «don» hay un superior compromiso cívico que aúna definitivamente la ética y la estética. Porque el estilo es el hombre.

Don Américo y don Marcelo, pues, o don Marcelo y don Américo, que tanto monta, aunque, en propiedad, aquí haya más presencia de uno que de otro, por las razones que se verán más adelante, que tienen que ver con la insoslayable diferencia de una vida conducida en la ordenada tranquilidad de la propia casa y del propio trabajo y otra sujeta a la intemperie e inclemencias del exilio, y ello, unido a la relación que cada uno de ellos establecía con el campo de la cultura hispánica, al fondo y a la misma forma en cada caso establecidos, así como a la particular recepción que ese mismo campo cultural dispensó a cada una de sus obras, que es casi como decir sus vidas, pues vida y obra se dan en ellos en inescindible unidad, sin olvidar, desde luego, nuestra propia implicación en ese mismo campo y con relación a todo ello, acaba, en fin, por conferir aquí un orden entre sus nombres. Un orden sin jerarquía, desde luego, que dice más de nosotros y de nuestra situación que de ellos mismos, pues, en fondo, ese mismo «don» los salva y equipara definitivamente, y acaso también, en cierto modo, pone su relación al reparo de las intromisiones y de los sucesivos intereses que irán conformando el dominio cada vez más cercenado y empobrecido de nuestra cultura.

El «don» los hizo de casa, en efecto, aunque el uno no lo fuera y el otro tuviera que irse fuera para seguir siendo. De casa, pues, de

una casa cuya problemática consistencia ambos —cada cual a su modo, pero siempre en diálogo— contribuirían poderosamente a desvelar y a ponernos en claro.

I

«Vidas paralelas» (hasta cierto punto). Hasta cierto punto, en efecto, pero lo que cuenta es ese punto, ese punto preciso a partir del cual las paralelas rompen su destino y se alejan en direcciones cuyo sucesivo desarrollo no podrá ya salvar la distancia que las separa. Un punto destinado a crecer y a agrandarse, algo que para uno será el «grado cero» de su vida y para otro una nota triste y amarga que irrumpía en su vida desde fuera y caía del lado de algunos de sus afectos más entrañables. Sin la Guerra Civil, sin la última de las guerras civiles españolas, las vidas de Américo Castro y Marcel Bataillon hubieran podido ser «vidas paralelas». Bien es cierto que la historia no se escribe con futuribles, pero tampoco la simple positividad de los hechos consumados puede elevarse a garante absoluto de ella: de la verdad de una vida también dan cuenta los huecos del futuro frustrado, el atroz vacío de lo que pudo ser y no fue, las huellas de las esperanzas mancilladas, los signos de las promesas incumplidas, los restos desvencijados de lo que solo quedó empezado, apuntado apenas. En adelante, la distancia entre ellos será radical e ineliminable, y tendrá que ver no tanto con el compromiso —cívico y político— o con la participación —intelectual y humana— con relación a la guerra de España, o a la sucesiva Guerra Mundial, similar en ambos, aunque con distingos, sino con la particular vivencia que cada uno hubo de hacer de todo ello. Acaso se diga que también Bataillon tuvo su guerra, que la Segunda Guerra Mundial fue para él como la Guerra Civil para Castro, lo cual, en cierto modo, no deja de ser cierto, sobre todo porque, en fondo, ambas guerras fueron la misma guerra, aunque la historiografía se obstine en separarlas, pero se olvida así —o se infravalora— la solución final de cada una de ellas, pues siendo la misma la inteligencia aliada las quiso políticamente distintas, sancionando de esta suerte esa «diferencia hispánica» tan arraigada en la historia de la conciencia occidental, un dato decisivo, sin duda, pues acababa poniendo a cada uno de ellos en un lugar distinto al final de cada una de aquellas dos guerras atroces: uno, del lado de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, y otro, en cambio, de la parte de los vencidos en la guerra de España.

Una paradoja, sí, pues estando ambos de la misma parte en la guerra, la paz de la posguerra los colocaba irremediabilmente en situaciones vitales opuestas. El uno en condiciones de reanudar su vida, de volver a retomar el hilo de lo interrumpido que había quedado simplemente postergado, y el otro en la necesidad impelente de tener que inventarse una nueva vida, lejos de la patria y de los afectos más queridos, en la adversidad de un destino que no iba a hacerle concesiones y no iba a permitirle reanudar nada de nada. Bataillon en su lugar propio, en esa Francia republicana cuya cultura iba a brindarle excelentes condiciones para poder llevar a cabo una carrera profesional llena de éxitos y una vida privada digna y satisfactoria, feliz acaso. Castro, en cambio, en la privación de su propio lugar, en el «no-lugar» en que iba a quedar confinado el sueño del republicanismo español, en la soledad e intemperie del exilio, allí donde también «toda incomodidad tiene su asiento» y la infelicidad es el destilado de una cotidianeidad forjada en el aprendizaje de la decepción.

Cuando acabó la guerra, en efecto, Marcel Bataillon pudo retomar el hilo de una normalidad interrumpida y sentir en su vida el curso amable de la continuidad. Había nacido en Dijon en 1895, se había licenciado en lenguas y literaturas clásicas en la prestigiosa École Normale Supérieure, había participado en la Primera Guerra Mundial y había realizado su primer viaje a España como delegado del Comité de propaganda de los Aliados, había ampliado estudios en España entre 1920 y 1922 y había trabajado en Portugal de 1922 a 1926, había sido profesor de español en el Liceo de Burdeos y en 1929 se había trasladado a Argel, en cuya universidad iba a enseñar hasta 1937, año en que defendería su brillante tesis de doctorado, publicaría el grandioso *Érasme et l'Espagne* y sería nombrado profesor de lengua y literatura españolas en la Sorbona. Era una meta importante, sin duda, y para otros hubiera podido ser el punto de llegada que pagaba de todos los esfuerzos y sacrificios llevados a cabo hasta entonces, pero para él no: el superior compromiso que animaba su vida toda hizo de aquella meta una etapa más en el camino ascendente hasta las cimas más altas del prestigio y reconocimiento profesionales ligados a la vida universitaria. Su fuerza provenía de su carácter, de su abnegada voluntad y de la amplitud de la cultura acumulada en sus años de formación y estudio, y también, sin duda, de la serena seguridad que le procuraban los afectos de la vida familiar. Era la fuerza de lo privado que se abría paso hacia lo público, el descubrimiento de la dimensión cívica de la persona en el fondo de una intimidad que se hacía responsable del mundo circunstante,

algo que le llevaría a superar el «pacifismo moral» de su juventud en favor de un «pacifismo militante» que no le permitiría fuga alguna ante la gravedad política de los acontecimientos. En 1919 se afilia al partido socialista, en 1934 entra a formar parte del Comité de vigilancia de los intelectuales antifascistas, en 1936 se presenta en Argel como candidato del Frente popular en las elecciones legislativas, en 1941 será arrestado y pasará los meses del verano internado en el campo de concentración de Compiègne. No, Bataillon no buscó en el estudio un refugio de ese mundo a la deriva que era la Europa de los años 30, él quiso tomar parte en todo ello, y lo hizo como le correspondía, como hombre y como intelectual. La conclusión de *Érasme et l'Espagne* —ha señalado su hijo Claude— pone en evidencia el latido de actualidad en sus investigaciones sobre el pasado español: Bataillon toma partido por una de las dos Españas en conflicto, y lo hace sin ambages, poniendo por encima de la investigación del pasado el compromiso moral del investigador con el presente, uniendo, con plena coherencia moral y política, el tema del erasmismo en la España del siglo XVI con la España republicana puesta en peligro por los ejércitos franquistas. Bataillon puso en pie una acción en favor de la causa republicana que no paró en la mera intervención intelectual, con la que en cualquier caso arriesgaba su propia posición académica (fue durísimo con los hispanistas franceses que justificaban el alzamiento), sino que descendía de la abstracción de las ideas hasta el nivel mismo de la vida concreta para acoger el desvalimiento —físico y espiritual— de los refugiados españoles. Quizá no se haya puesto aún de manifiesto en toda su amplitud esta acción concreta suya de ayuda —material y logística— hacia los refugiados españoles recién llegados a Francia, o su intervención para que pudieran salir de España quienes habían quedado atrapados en las redes terribles de la guerra. Quizá por eso, su fundamental *Érasme et l'Espagne*, que es un verdadero monumento del hispanismo, tardó en abrirse camino en el orden cultural de la España de Franco y hubo de esperar hasta 1950 para que su traducción mexicana empezara a circular como correspondía a tamaño empresa en el vasto territorio de lengua española. Por si quedaban dudas, se lo había escrito claro en 1948 al embajador de España en Lima: «Y yo, francés hispanizante e hispanizado, que sufro casi tanto como los desterrados españoles de la privación física de España, [...]».

Al acabar la guerra todo eran ruinas, desde luego, pero esos mismos restos de la devastación más atroz de la historia europea reclamaban —y era exigencia moral para los vencedores— la recons-

trucción de las bases nacionales de la nueva Europa. A ello contribuyó Bataillon desde posiciones académicas inmejorables: en 1945 sería nombrado profesor del Collège de France, en el que ocuparía la cátedra de lenguas y literaturas de la península ibérica y de la América latina hasta 1965. Su labor docente y sus investigaciones han sido, sin duda, un modelo de hispanismo. Algunos de sus mejores discípulos son fácilmente reconocibles en esa mezcla tan suya de sensibilidad humana y rigor científico, algo que quizá no sea suficiente para configurar una escuela, pero sí un estilo, el que el propio Bataillon cifró en *Défense et illustration du sens littéral*: «Buen filólogo es el capaz de desplegar en el esclarecimiento de las obras un conocimiento perfecto de la lengua del texto, de las técnicas de escritura con que se nos transmite, de los usos estilísticos o de las reglas métricas a las que se somete, y, a la vez, un conocimiento completo de la civilización a la que pertenece dicho texto, desde su religión y su filosofía hasta sus técnicas más humildes, pasando por su vida política y social.» Un espléndido programa de perfecta sabiduría humanista que él supo llevar a cabo en una serie impresionante de publicaciones cuya magnificencia sigue deslumbrando a propios y a extraños. Entre las aparecidas en lengua española son de destacar: *Erasmus y España*, *Varia lección de clásicos españoles*, *Estudios sobre Bartolomé de las Casas*, *Pícaros y picaresca*, *Erasmus y el erasmismo*, a las que aún habría que añadir la atribución del *Diálogo de Mercurio y Carón* a Alfonso de Valdés, el descubrimiento y edición del *Diálogo de doctrina cristiana* de Juan de Valdés y los estudios sobre Andrés Laguna y el *Viaje de Turquía*.

Una obra intensa que acabó confundiendo con la propia vida de su autor, como en los mejores ejemplos de aquel humanismo a cuyo estudio dedicó Bataillon el mejor de sus empeños. Una obra intensa y extensa, que fue creciendo con los años desde una lógica interna a la propia investigación y acabó vertebrándose como un único centro en cuyo derredor se iban sobreponiendo los logros sucesivos de un trabajo concebido como tarea sin fin de una vida radicalmente comprometida con el estudio. Ese centro es *Erasmus y España*. El resto, todo, incluso lo que en apariencia parecería más distante, como podría ser la temprana traducción de *En torno al casticismo*, de Unamuno, directa o indirectamente nacía de la fuerza expansiva de aquel centro, de su destello en múltiples irradiaciones. Un libro, por lo demás, que Bataillon no dejó de corregir y de ampliar en sus sucesivas ediciones —francesas y españolas— y en el que siguió tra-

bajando hasta el final de sus días (la tercera edición francesa habrá de salir ya póstuma en 1991). Un libro que ligaba indefectiblemente la suerte del erasmismo español, su auge y su fracaso, con una especie de fondo latente que acaso había animado el movimiento de la historia de España hasta el presente (el título que puso en 1923 al frente de su traducción de Unamuno era al respecto más que elocuente: *L'essence de l'Espagne*). Un libro que era más que un libro, pues no se agotaba en los temas tratados ni en los desarrollos alcanzados, sino que también se ofrecía programáticamente como método de acercamiento a la realidad española a través del estudio concreto de su pasado cultural. Un libro colocado decididamente del lado de la normalización de la cultura española en clave europea, punto de referencia obligado de una comprensión cultural en la que las diferencias específicas de lo hispánico quedaban definitivamente englobadas en una común historia europea. Un libro cuya innovación acabaría impulsando decididamente la renovación de los estudios hispánicos, cuya recepción crítica iba a colocarlo en la base de un canon del hispanismo aún por configurar y al que él contribuiría como pocos otros, y ello a pesar del acoso crítico y de la animadversión que movieron en su contra los sectores más confesionales del franquismo. Un libro que puso a Bataillon en camino hacia las cimas más altas del reconocimiento académico (Presidente de la Asociación Internacional de Literatura Comparada y de la Asociación Internacional de Hispanistas, entre otras muchas distinciones y menciones honoríficas). Un libro, en fin, que, habiendo sabido desvelar la unión profunda entre Erasmo y España, mostraba más claramente aún el lazo indisoluble que unía a Bataillon con España. Lo supo ver Antonio Machado en aquella España en guerra al reclamar su importancia desde las páginas conmovedoras de *Hora de España*. Y lo vio bien, pero el caso quiso que lo viera —o que solo pudiera verlo— desde una España que se batía ya en retirada.

II

Esa era la España de Américo Castro, la España que se perdía irremediabilmente en aquella guerra, la ganara quien la ganara. La España que había querido dar un corte al pasado con la revolución liberal de 1868, sin lograrlo, pero dando vida, en cualquier caso, a un proceso de modernización cultural sin precedentes en su historia. Un proceso que culminaba en la proclamación de la II República.

ca —saludada por Castro con fervor y entusiasmo desde Berlín y cuya paternidad, no sin razón, reclamaba Azorín para los intelectuales. Un proceso que la Guerra Civil interrumpía y frustraba definitivamente en su desarrollo. Aquello era el final de algo que había de pesar poderosamente en la conciencia exiliada, tanto o más que aquel otro anuncio de final que treinta años atrás había parecido traer el desastre de Cuba, con la diferencia que la inteligencia finisecular pudo dar a aquellos signos el sentido de un nuevo inicio, como si fuese un amago de *incipit vita nova* resurgiendo de sus propias cenizas, y ahora, en cambio, la guerra, para quien se colocaba en el horizonte republicano de la derrota, no iba a ofrecer más que el desamparo y el desvalimiento de un reiterado *incipit tragoedia*. No, el exilio de aquella guerra terrible no fue ningún nuevo inicio, sino, más bien, la caída en lo de siempre, el sempiterno más de lo mismo de nuestra historia, el retorno de una constante hispánica cuya «nueva luz» supo descubrir Castro en su particular camino de Damasco. Atrás quedaba una España en la que él había creído y había contribuido a hacer posible. Era la España que se alzaba desde el legado de la Institución Libre de Enseñanza, la de Giner, la de Galdós, la de Clarín, la del regeneracionismo y la generación del 98, la de Unamuno, la de Ramón y Cajal y Menéndez Pidal, la España del Ateneo, la de la generación del 14, a la que Castro pertenecía y de la que fue protagonista, la de Ortega y d'Ors, la de Azaña y Araquistáin, la de Pérez de Ayala y Juan Ramón Jiménez, la de Ramón Gómez de la Serna y el despliegue del «arte nuevo», la España del Centro de Estudios Históricos y de la Residencia de Estudiantes, la de las revistas *España* y *Revista Española de Filología*, y después la de *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*, la de la generación de la República, la de Gaos y Zubiri, la de Zambrano y Chacel, la de Lorca y Jarnés, la de Francisco Ayala y Pedro Salinas, y también, aunque pueda parecer extraño, la de Giménez Caballero y Navarro Ledesma. La España, en fin, de un «nuevo renacimiento» para el que se han dado los nombres de «edad de plata» o «mediosiglo de oro», queriendo dejar bien sentadas la alta calidad de sus obras y su capital importancia como campo cultural. Todo ello —todo— fue arrumbado por la guerra y en sus restos se ensañó la victoria con verdadero celo inquisitorial.

Cuando acabó la guerra, ni Castro ni tantos otros como él pudieron experimentar la cómoda serenidad de poder volver a lo de antes, al amable sucederse de los días entregados al quehacer cotidiano en un espacio y un tiempo familiares y reconocibles. La guerra

fue el «grado cero» de sus vidas. De unas vidas truncadas que en adelante iban a tener que discurrir por vías nuevas e impensadas, cargadas de un vacío que pesa más que todas las cargas y abrasa y hiela en un dolor incontenible: el del hueco que dejan en el alma los sueños rotos y las esperanzas frustradas. Vidas deshechas. Vidas negadas. La de Castro había empezado en Brasil en 1885, donde su familia regentaba una próspera actividad comercial. A los pocos años, siendo aún muy niño, la familia se trasladó a Granada, de donde era originaria. Allí estudió el joven Castro las carreras de letras y derecho, licenciándose en 1904 y trasladándose después a Madrid para doctorarse en 1911 bajo el magisterio de Menéndez Pidal. Entre 1905 y 1907 había ampliado estudios en la Sorbona, y también haría en breve ese casi obligado viaje de estudios a Alemania que iba a convertirse en seña de identidad de la generación del 14. Desde la creación del Centro de Estudios Históricos, Castro colaboró estrechamente con Menéndez Pidal en la organización de una de sus secciones más numerosas e importantes, la de Filología española, contribuyendo muy activamente al desarrollo y consolidación de eso que después habría de llamarse la Escuela española de filología. En 1914 adhirió a la Liga de Educación Política Española, sumándose a esa magnífica plataforma de acción intelectual que se agrupó en torno al liderazgo de Ortega en la configuración de un programa reformista y liberal que intentaba superar la crisis propia del horizonte noventayochista con una apertura del «problema de España» en clave europeísta. Su labor en el Centro y su adhesión a la Liga son las dos caras de una misma medalla en la España de aquel tiempo, y Castro puede, a buen derecho, por tanto, ser considerado como prototipo eminente de aquel «espíritu del 14» que iba a apostar todo en la baza de la modernización de España y su definitiva equiparación europea. Para todos ellos, Europa daba aún las horas del urgente progreso que necesitaba España.

En 1915 gana la cátedra de Filología castellana en la universidad de Madrid, cuyo nombre habría de cambiar después por el de Historia de la lengua. Era un excelente punto de llegada, desde luego, pero no era propio de los intelectuales del 14 dormirse en los laureles, y Castro, compaginando su labor en el Centro de Estudios Históricos con la cátedra en la universidad y con una intensa actividad dentro y fuera de España como conferenciante de prestigio y promotor de la «nueva filología» que impulsaba el Centro, iba a llevar a cabo una serie de trabajos que en 1925 encontrarían su justa coronación con la publicación de *El pensamiento de Cervantes*. Le

habían precedido estudios y ediciones importantes, como los dedicados a la figura de Don Juan, por ejemplo, tan en sintonía con lo mejor de la avalancha de revisitaciones que tuvo el mito en la España de los años 20, por lo que Castro era ya antes de su publicación un filólogo muy reconocido y estimado dentro y fuera de nuestras fronteras (un poco picado se lo recordará a Ortega en carta del 11 de febrero de 1926), pero fue su aparición lo que acabó poniéndole en un lugar preeminente dentro de la primera fila de la inteligencia española de la época. *El pensamiento de Cervantes* era, sin duda, una obra mayor, una obra de esas que necesitan una larga gestación, recogen todo el trabajo anterior de un autor y operan con ello un magnífico salto de cualidad. El reconocimiento de su importancia y su positiva recepción fueron inmediatos. No solo iba a convertirse en punto de inflexión de los estudios cervantinos, señalando el antes y el después de los mismos, sino que también iba a elevarse a emblema de una comprensión de marcado signo europeísta de la literatura y de la cultura españolas. En su densidad filológica —perfectamente coherente con aquel programa orteguiano que reclamaba para España las virtudes europeas de ciencia, sistema, rigor, método y disciplina— Castro traduce el europeísmo de su generación y procede al desvelamiento de un Cervantes imbuido del pensamiento y la estética renacentistas. No deja de ver otras cosas, es cierto, pero el espíritu de la obra se mueve desde la reivindicación del italianismo y del erasmismo de Cervantes, algo que, relativo a aquella época, era como decir ahora, en la suya, europeísmo. Era, pues, una respuesta clara al «problema de España», a ese marco teórico de diseño regeneracionista que el noventayochismo había embrollado con búsquedas esencialistas y conceptualizaciones imprecisas (alma nacional, intrahistoria, etc.), una respuesta configurada en el seno más propio del ideario de la generación del 14, donde, en definitiva, aquellos intelectuales acababan por disolver el problema nacional en un más amplio y complejo problema europeo, o, como después habríamos de llamar a aquella intuición suya, en la crisis de la modernidad. La realidad nacional no era algo aislado, sino algo cuyo cabal entendimiento había que buscar dentro del general movimiento y desarrollo de la cultura europea, con caracteres específicos de cada caso, claro está, pero sin perder nunca de vista el general contexto europeo en que se desenvolvían. Si en *Meditaciones del Quijote*, en respuesta a *La ruta de Don Quijote* y a *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Azorín y Unamuno, Ortega había dejado indicado que en la adecuada comprensión del estilo cervantino estaba el secreto de Es-

paña, Castro iba a dar un paso más allá al poner al descubierto el secreto europeísmo que escondía la cultura de Cervantes.

El pensamiento de Cervantes hubiera podido ser para Castro como *Érasmo y España* lo fue después para Bataillon, una obra convertida en centro de irradiación a partir del cual se organiza y vertebra el desarrollo sucesivo de un corpus, y así parecía que iba a ser, en efecto, pues la atención crítica y el interés que despertó la obra obligaron a su autor a permanecer ancorado en aquel campo y horizonte de estudios. Hasta cierto punto. También su vida discurría felizmente encauzada entre la seguridad de los afectos familiares y la afirmación y despliegue de un compromiso público —cívico y político— que no cesó en su empeño en favor de la modernización de España ni siquiera en los momentos más duros de la dictadura del general Primo de Rivera y que acabaría llevándole a la Embajada de Berlín para representar a la República recién instaurada. Su varia participación institucional en la vida republicana da fe de su apoyo decidido a República, sobre todo a una comprensión de la misma —liberal, laica y progresista— por la que venía luchando desde atrás en el marco convergente de su compromiso generacional. Él también —en lo que fue un signo difuso entre los intelectuales que no traspasaron el umbral de la política activa— sintió la desilusión y el desencanto ante algunas de las derivas más preocupantes de la política republicana, y si en privado pudo llegar a decir aquel «no es esto, no es esto» tan repetido por otros, públicamente nunca dejó de actuar en favor de las instituciones que representaba. Y ello incluso hasta en la guerra, pues en los primeros meses que siguieron al alzamiento de julio de 1936 el gobierno republicano le encargó trasladarse a San Sebastián para hacer de puente entre el gobierno y las representaciones diplomáticas de las cancillerías extranjeras. Una misión que le quemó dentro (véase su carta a Bataillon del 13 de septiembre de 1936) y le llevó a dimitir y a desdeñar otros encargos.

Aquella guerra, en efecto, no iba con él. No iba con él porque, en propiedad, en ella le iba demasiado, acaso todo. La guerra hacía que todo lo que él había contribuido a levantar se viniera abajo mostrando una fragilidad para la que los intelectuales del 14 quizá no estaban preparados. Todo su empeño y todos sus esfuerzos quedaban en nada frente a la guerra. España se había empujado hasta el nivel europeo para descubrir en él la «decadencia de Occidente», y, mientras su inteligencia se aprestaba a buscar una salida a aquella crisis general en el marco de la común cultura europea, la guerra

irrumpía barriendo todo y devolviendo a los españoles a una suerte de anterioridad histórica que muchos de ellos pensaban haber superado definitivamente. Era una vuelta atrás sin remedio, la anulación de un proceso a cuyo aliento y desarrollo se habían entregado vidas e ilusiones, la negación de ese espacio público —cívico y dialógico— creado con tanto esfuerzo y tanto derroche de energías. La guerra, en fondo, dejaba a los intelectuales del 14 fuera de juego, sin voz y sin espacio. Nada puede extrañar que no la combatieran —y si alguno lo hizo es porque había dado el salto a la política—. La derrota que sufrieron no fue una consecuencia de la guerra, sino su mismo efecto. Y fue una íntima devastación. Castro deja España y toma la vía del exilio: un «viaje existencial» del que —como dirá María Zambrano— nada puede saberse cuando se emprende.

En 1937 llega a Buenos Aires para trabajar temporalmente en la universidad. Su prestigio le abre puertas. Allí le escribe Domenchina, encargado por el gobierno de Valencia de llamar al orden republicano a aquellos intelectuales tan temprana y sospechosamente exiliados. Castro protesta fidelidad: «yo estoy con la República, con la que preside el Sr. Azaña, puesta en el terrible empeño de librar a España de la dominación fascista y extranjera». Pero a renglón seguido se disculpa por no haber podido firmar en conciencia un documento de apoyo al gobierno y por no poder hacer pública su posición en ese momento, pertrechándose en unas no mejor especificadas «exigencias tan respetables como humanas». Castro se siente entre dos fuegos, entre los «hunos» y los «hotros», que dijera Unamuno, distinguiendo entre unos y otros, claro está, pero sabiendo ver también —cuando la había— su equiparación en la barbarie. Si no puede considerarse un rasgo identitario de la generación del 14, lo cierto es que fue una experiencia muy común en casi todos ellos: lo suyo fue una repulsa al enfrentamiento de las «dos Españas», un rechazo completo de esa dicotomía perversa que con lógica binaria pretendía explicar la entera realidad española. El exilio de 1936 quiso ser testimonio de una «tercera España» —no equidistante pero sí alternativa a las otras dos— y por ello hubo de pagar después un precio altísimo, sin duda entre los más altos, pues el final de la guerra iba a colocarlos en una posición delicadísima —compleja y difícil— al ser considerados traidores tanto por los vencedores como por los vencidos. La derrota, después, al menos en su visibilidad historiográfica, iba a tender a equiparar los dos exilios, el del 1936 y el del 1939, pero los exiliados de esta última hora no tardarían en lucir ante los primeros el *pedigree* de una diferencia que a sus ojos los

hacía moralmente superiores por haber combatido la guerra y haberse quedado hasta el final. No era así, desde luego, pero esto hemos tardado mucho tiempo en darnos cuenta y llegar a saberlo (y el camino no ha sido precisamente fácil).

De la Argentina Castro se trasladará a Estados Unidos y logrará integrarse con buen éxito en su sistema universitario (el prestigio acumulado seguía abriéndole puertas): un año en Wisconsin, otro en Texas, y luego en Princeton hasta 1955 que se jubilará, aunque después seguirá impartiendo cursos como profesor invitado en varias universidades. En 1964 se trasladará a La Jolla a través de un acuerdo con la universidad de California que a Castro satisface. Era su deseo acabar allí sus días, lejos de España, en el desgarró que había sido su vida desde la Guerra Civil, en aquel dolor imposible de asumir —y como tal asumido— que movió toda la reflexión de su segunda época. Pero tampoco pudo ser, pues sobre la vejez desvalida vino a caer el peso de la enfermedad de su mujer, y Castro hubo de plegarse una vez más a la adversidad del destino, aunque esta vez coincidiera con los deseos de su hija, que los quería de regreso en Madrid. Fue un «regreso» privado, desde luego, y si aquel régimen claudicante no le puso trabas, tampoco le mostró ninguna amabilidad. En fondo, Castro volvía al «exilio interior». Murió en Lloret de Mar en 1972, frente a ese mar en cuyas aguas tanto le gustaba zambullirse y nadar contra corriente, gesto y cifra de su vida en el exilio.

Ni la vida ni la obra de Castro tuvieron esa continuidad esperada que albergaba en el horizonte que las envolvía antes de la guerra. Ni él pudo recomponer el orden perdido de su vida ni *El pensamiento de Cervantes* iba a poder convertirse en centro de irradiación del corpus futuro. El orden de la vida y el orden del corpus se quiebran en él, y se quiebran precisamente en su natural desarrollo hacia el futuro. Tendrán otro futuro, desde luego, pero no será inerte, pues, a la postre, acabará dando un sentido nuevo a su presente y remodelando todo su pasado hasta sus mismas raíces. Todo el pasado: el de su vida y el de su obra. En todo intervino la frustración de las expectativas naturales y el consiguiente cementerio de promesas incumplidas y de sueños desatendidos que poco a poco iba a ir emergiendo en la toma de conciencia del exilio.

Al dar inicio a su exilio, Castro se siente como un «pájaro sin nido» que vuela «enloquecido» sin saber dónde posarse (carta a Batallón del 13 de septiembre de 1936). El exilio es la conciencia de la falta del hogar, de la patria como lugar natural, la falta de un lugar

donde parar, de un sitio estable donde poder repararse de tanta fatiga e intemperie. Un «no-lugar» para vivir y un «límite» desde el que pensar (pensándolo y pensándose). No un lugar «otro» que se abre como el espacio de la negación del propio lugar, no como un estar al otro lado de algo que separa y divide definitivamente, sino, más bien, como un lugar del límite, como una forma de habitar la separación y de estar en la distancia. No solo en la propia, sino en todas las separaciones y en todas las distancias de la historia.

Quienes insisten en la sustancial continuidad de la obra de Castro, quienes se empeñan en negar —o por celo defensivo y venerativo o por descalificación y repudio críticos— la idea de las «dos etapas» de su obra, olvidan, o minimizan en exceso, que fue el propio Castro el que contribuyó a consolidarla en aras de lo que para él era su mejor comprensión y entendimiento. Bien es cierto que la teoría hermenéutica ha enseñado que no siempre es el autor el agente que promueve la interpretación más adecuada de la obra, y que, en cualquier caso, la suya es una más a tener en cuenta en ese «conflicto de las interpretaciones» que debe tener como norte crítico el ideal del «besser Verstehen». Es cierto que muchas de las ideas que se van a hacer fundamentales en su segunda etapa habían aparecido ya en la primera, pero la cuestión no es la de su presencia en la escritura, sino el del lugar que ocupa su presencia en uno y otro caso, su relevancia e importancia en el juego de relaciones conceptuales propio del campo que en uno y otro caso las envuelve, el distinto acento que adquieren y, sobre todo, el distinto marco teórico comprensivo inherente a la «realidad española» en que en cada caso aparecen. Tras la guerra, en el exilio, Castro profundizará temas, aspectos y motivos que ya habían aparecido en su obra anterior, es cierto, pero esa «profundización» no iba a llevarse a cabo en la continuidad del desarrollo natural de sus investigaciones, sino que advino en unas condiciones nuevas que nada tenían que ver con las anteriores. El nuevo espacio del exilio se abrió en su vida a través de la radical discontinuidad provocada por la guerra. La Guerra Civil será el punto de inflexión de su obra, y lo será no tanto porque vaya a cambiar el objeto de estudio, que no lo hará, sino porque el nuevo espacio de reflexión va a modificar tanto el fondo como la forma de lo que se reflexiona. El pensamiento y el estudio no pueden prescindir de la experiencia del nuevo espacio: Castro piensa en el exilio y desde el exilio, y piensa y estudia, sobre todo, como exiliado. «Trabajo inspirándome en los desastres que hemos vivido. Me interesa explicar históricamente la vida hispánica» (carta a Bataillon del 7 de diciembre de 1944). En el

exilio, Castro no va a tener muchos más «datos» de los que ya tenía a disposición como filólogo del Centro de Estudios Históricos y como intelectual de la generación del 14, sino que va a ser la reflexión que mueve el nuevo espacio, ese pensar (en) el exilio, lo que le va a permitir iluminar con «nueva luz» esos mismos datos y poner en pie una nueva interpretación de la historia de España capaz de desvelar una «realidad» que había permanecido oculta, celada. El exilio abre, pues, un nuevo camino, y Castro se dispone a transitarlo radicalmente, sin hacer concesiones a nada que no fuera el ejercicio de desvelamiento de la verdad que procedía de la «nueva luz». Que no es un don gratuito, ni efecto de ninguna revelación, sino una chispa que se enciende en el exilio vivido y pensado radicalmente. Pero para verla, para poder ver esa luz, Castro tuvo que llevar a cabo paralelamente un singular ejercicio de despojamiento en el que fue poco a poco alejándose y abandonando el horizonte intelectual en el que se había movido antes de la guerra, ese enlace hecho de coherencia entre el ideario generacional y el saber filológico del Centro de Estudios Históricos. Un distanciamiento que, más allá del plano personal, iba a cumplirse con relación a las obras de Ortega y Gasset y Menéndez Pidal. Y también, acaso sobre todo, con relación a su propia obra, a esa parte de ella que se había escrito desde el desconocimiento de la «nueva luz» ganada en el exilio (nótense las numerosas advertencias que Castro hizo en propósito, o la nota que antepuso a *El pensamiento de Cervantes* en la edición de 1970, o esa suerte de enmiendas del libro de 1925 que fueron «Cervantes y el *Quijote* a nueva luz» y «Cómo veo ahora el *Quijote*», respectivamente incluidos en *Cervantes y los casticismos españoles*, de 1967, y como introducción a la edición del *Quijote* de la editorial Magisterio Español, de 1971, o, en fin, el mismo título de uno de sus últimos libros, *De la España que aún no conocía*, donde recogía artículos de su primera época).

En el exilio, lentamente y haciendo denodados esfuerzos (de los que las cartas a Bataillon son fiel testimonio), Castro fue poco a poco configurando su nueva obra. Que iba a ser una «obra en marcha», una obra que se iba a ir haciendo y rehaciendo en un agotador proceso de escritura. No una obra que se iba a ir ampliando con los nuevos resultados de una investigación continuada y sostenida en el tiempo, como podría ser el caso de *Erasmus y España*, de Bataillon, sino una obra en la que cada paso dado hacia adelante necesitaba ser apuntalado sobre nuevos cimientos teórico-comprensivos y, de consecuencia, requería desmontar —en todo o en parte— la arquitect-

tura del edificio ya construido para volver a construirlo de nuevo. En ese complejo proceso de escritura radical y a la postre incompleto fueron apareciendo *España en su historia*, en 1948, y las dos ediciones de 1954 y 1962 de *La realidad histórica de España* (a lo que aún habría que añadir la nueva introducción de 1965 para la reedición del texto de 1962). Un mismo libro en tres entregas distintas (y una cuarta, segunda parte de la última, de la que solo nos llegó su propósito incumplido), en las que en cada una de ellas se renovaba hasta hacerse casi por completo un libro nuevo. Un proceso del que no pueden sustraerse, al menos, *Aspectos del vivir hispánico*, *Dos ensayos*, *Origen, ser y existir de los españoles* y *De la edad conflictiva*, pues acompañan y complementan ese mismo camino de indagación cognoscitiva en la «nueva luz» de la realidad española. Esa «nueva realidad» desvelada por la «nueva luz» iba a ser —sin que pudiera ser ya de otro modo— el centro organizativo y vertebrador del corpus castriista, introduciendo en él, en su dinámica y en su misma configuración, hacia adelante y hacia atrás, el movimiento y la apertura de un modo de ser que consiste precisamente en estar en marcha, ampliando el radio de acción de lo progresivamente «iluminado», arrebatando a las sombras nuevos espacios para la luz. Pero se trata de un centro que no se gana de una vez por todas, sino que requiere tiempo. El tiempo de una larga meditación sobre la nueva luz y la nueva realidad española en la intemperie del nuevo espacio del exilio. El tiempo de la tentación y de la prueba. El tiempo de la conversión y de la interiorización de la nueva fe. Todo ello, en el fiel reflejo de la escritura. O de otro modo: desde una escritura que solo fija en su expresión el movimiento hacia la luz y el alejamiento y abandono de las sombras. Para Castro fue una «conversión» en plena regla. Porque escribir es escribirse.

Una verdadera conversión, en efecto, un auténtico cambio del paradigma cognitivo de la historia de España (de su «conversión a una nueva historiología» le escribe a Bataillon en carta del 10 de diciembre de 1949: «Entonces comprendí que los “hechos”, inéditos o éditos, son meros síntomas e indicios del funcionar de la vida»). La «realidad histórica» que Castro se apresta a desvelar no se funda ya en datos nuevos, aunque tampoco los desprecie, sino en una nueva comprensión de lo ya conocido. No ve ya los datos como pruebas empíricas de apoyo y confirmación abstractos de una idea general, sino que busca en ellos el rastro de una vivencia: cómo fueron efectivamente vividos por quienes los experimentaron. Busca la «viduidura» y la «morada vital» de los españoles y encuentra su rasgo defini-

torio y mayormente distintivo en la convivencia —no siempre forzada y generalmente problemática— entre cristianos, moros y judíos, y también en la proliferación de su «mestizaje viviente» en los distintos grupos de conversos, judaizantes, renegados, tornadizos, moriscos, mozárabes, muladíes, etc., grupos de identidades «fronterizas e inestables», como las define Juan Goytisolo, cuyas dinámicas relaciones con las «tres castas» —con la conflictividad intercristiana— iban a dar forma al modo de ser hispánico (al modo propio de ser hispánico y al modo de ser propio de lo hispánico). No, pues, un ser que se define como substancia o esencia perdurable que encuentra sus raíces en la raza, el clima, la tierra y la sangre, o, más sutilmente, en el temperamento y la idiosincrasia, sino su ser producto y función de un vasto crisol de aportaciones culturales —cristianas y semíticas— cuya activa convergencia alumbró las «formas de vida» propiamente hispánicas. Frente al europeísmo de antaño, Castro afirma ahora una «diferencia hispánica» irreducible e insoslayable —pues no se trata ya de simple retraso en relación con Europa—, cuyo fundamento coloca en la centralidad que ocupan las culturas árabe y judía en la conformación de lo hispánico dentro del amplio y complejo predominio cristiano, su radical pervivencia en las lenguas y en la historia literaria y filosófica de la península ibérica, y también, como queda dicho, en sus mismas formas de vida.

Castro deviene un converso, un hereje. Antes, en su primera época, él mismo se había colocado intelectualmente dentro de esa «tradición de los heterodoxos» —y con él, su obra— al buscar en la historia de la cultura española esos «latidos renacentistas» capaces nivelarla con la europea. Pero después, la Guerra Civil y el exilio lo colocaron, no ya solo intelectualmente, sino también vitalmente, dentro de esa misma tradición heterodoxa, pero desde dentro, en su sentir y en su vivir, y ya no podía ser, pues, hora adecuada para esa «orgía del saber por el saber», de la que él habló con mirada retrospectiva, un tanto impropia y quizá resentida, hacia la obra de su primera etapa en el prefacio de 1971 a *Teresa la Santa y otros escritos*, sino que era el momento de hacer luz en la noche más negra, en la espesa negrura de la noche hispánica, de recabar entendimiento en el desorientamiento general de unas vidas sumidas en la tragedia, de buscar una respuesta al «cómo y por qué llegó a hacerse tan dura y tan áspera la convivencia entre españoles», a buscar «el motivo de haberse hecho endémica entre nosotros la necesidad de arrojar del país, o de exterminar, a quienes disientían de lo creído y querido por

los más poderosos». Ahora, no ya solo intelectualmente, sino vitalmente, Castro se hermana y siente parte implicada en esa gran tradición de la heterodoxia y de la disidencia hispánicas —grande, sin duda, por su desastrosa magnitud, pero también por la riqueza cultural que fue capaz de crear en la adversidad de los márgenes a que fue relegada, porque de ellos salió, según sentencia de Castro, lo mejor de lo que hemos sido (*Españoles al margen* es muy significativamente el último de sus títulos).

Pero la herejía de Castro no se iba a manifestar solo en su comprensión de sí como parte de una desventurada constante de la historia de España (la conciencia exiliada como reencuentro de todos los exilios de la historia), sino que, además, como efecto y consecuencia de ello, iba a hacer disidencia de las formas canónicas de entender y comprender la historia de España. Castro, en verdad, no solo disiente de las formas tradicionales de la historia patria, con las que ya había roto en su primera época en el marco de la convergencia del ideario generacional con el saber filológico del Centro de Estudios Históricos, contribuyendo como pocos a la configuración de un canon renovador del hispanismo del que sería expresión señera *El pensamiento de Cervantes*, sino que disiente y rompe con ese mismo canon renovado que él mismo había contribuido a crear y que ahora, en el espacio intelectual de la posguerra —no aún en la España de Franco, aunque también en ella empezaría a hacer curso subterráneo—, se estaba progresivamente afirmando y afianzando hasta llegar al predominio y hegemonía actuales. La defensa del nuevo paradigma lleva a Castro a hacer disidencia de sí, de la «nueva filología» del Centro y del horizonte intelectual de la generación del 14. El abrazo de la nueva fe pasaba por hacer enmienda de su pasado. Y Castro no minimiza, no hablará, como otros, de «pecadillos de juventud», más bien tiende a exagerar, a trazar de manera bien visible la línea de demarcación entre el antes y el después, entre la luz y las sombras, entre el culturalismo y la cultura, que es cultivo y cura de la vida, y no alimento de un saber abstracto sin retorno sobre la vida. Ya no le interesan, como antes, los «lectores de Erasmo», por ejemplo, abstractos y «deshumanizados», sino las vidas reales de unos hombres que leían a Erasmo entre angustias y esperanzas, y que, amando sus propias vidas tanto como los que más, no dudaron en arriesgarlas y ponerlas en peligro por la lectura de sus libros.

La «conversión» de Castro exigía un compromiso con la herejía de la «realidad histórica española», un compromiso que es inte-

lectual y vital, que comprende la obra y la persona como una totalidad de acción. La publicación de *España en su historia* fue como las 95 tesis clavadas por Lutero a la puerta de la catedral de Wittenberg. No había vuelta atrás. Los grandes sacerdotes de la historia oficial del nacionalismo español y los principales oficiantes del canon del hispanismo cerraron filas y condenaron sin apelación posible. Se dirá que también tuvo la obra reseñas positivas y que poco a poco aquella obra en marcha fue ganando adeptos y consideración crítica, y es cierto, pero conviene no engañarse en punto tan importante y saber mirar a la realidad de frente: salvo contadas excepciones, la obra de Castro sigue fuera de nuestras universidades, dentro y fuera de España, más descalificada que leída, más que olvidada, objeto de un pertinaz silenciamiento que ha atravesado sin cambios sustanciales el franquismo y la transición a la democracia, y que esta democracia nuestra de hoy, tan de movida post-moderna, entre frívola e indignada, sigue condenándola al «des-tiempo» y a la «desmemoria». Es el trato contemporáneo reservado a la herejía: ya no quemamos los libros, hacemos algo peor con ellos, que es no leerlos y dejarlos abandonados en los fondos de nuestras superdigitalizadas bibliotecas. Un hereje. Quien había estado en el centro del canon y había sido impulsor de su renovación en clave moderna, era expulsado fuera. Él mismo se colocaba «fuera», fuera de España y fuera de aquel hispanismo oficial que con tanto empeño iba a combatir. Castro sabía que hay un modo de ser español que consiste en serlo «fuera de España», y sabía también que ese modo suele declinarse «al margen». No al margen de España, sino en el margen que circunscribe el dominio de la cultura oficial. Hoy como ayer.

«Hay que aceptar el hecho del no paralelismo de España respecto de Europa, y de que su aislamiento cultural y económico no respondían a razones culturales ni económicas, sino de casticismo personal», dirá en la Introducción de 1965 antepuesta a la reedición del texto de 1962 de *La realidad histórica de España*. Tienen razón José Lladó y Diego Gracia al insistir en su prólogo en el problema de los valores. La fuerza de una herejía está en la voluntad del hereje. A Castro no le faltaron ni tesón ni firmeza, desde luego. Erre que erre siguió machacando en el mismo clavo, polemizando incluso con auténticos donnadies —Bataillon le repite a menudo en sus cartas que no pierda tiempo con personajillos insignificantes—. Castro defiende a ultranza su fe porque en ello le va la vida. Porque era la vida. La suya, en efecto.

III

El desocupado lector sabe que los paralelismos estaban en la mirada de Plutarco, y no en las vidas, pero sabe también que esa obligada disposición que sabiamente confería a su escritura contribuía a desvelar la verdad de aquellas vidas. Porque esta es *alétheia*. Américo Castro y Marcel Bataillon se conocieron en Madrid durante el verano de 1919. El encuentro tuvo que darse en el marco de la toma de contacto del joven aprendiz de hispanista que era Bataillon entonces con los miembros del Centro de Estudios Históricos, auténtica meca del moderno hispanismo naciente, y con algunas de las figuras más destacadas de la vida cultural española de entonces. Con muchos de ellos tendría Bataillon correspondencia, pero fue con Castro con quien la mantuvo de manera más intensa y dilatada en el tiempo. Los diez años de diferencia que los separaban, unidos a la indudable mayor fama de Castro en aquellos años y, sobre todo, al diferente grado de competencia que el ya profesor y el todavía joven estudiante manejaban con relación a un mismo campo de estudios, iban a promover en principio una relación no exactamente paritaria. Era natural la admiración del joven; lo era un poco menos que el ilustre profesor lleno de ocupaciones concediera al estudiante tanta consideración y respeto, índice indudable de que Castro supo ver ya en él una suerte de anticipo del gran hispanista que Bataillon llegaría a ser. Ambas diferencias iniciales, la de la fama y la de la competencia, iban a quedar anuladas en muy breve tiempo y su correspondencia iba a levantarse y a crecer en el espacio mutuo de la estima intelectual y de la amistad personal entre pares. Muchos años después, Bataillon había de recordar aquel primer encuentro (carta del 29 de diciembre de 1969): «[...] recuerdo estupendo de este año, que es (imagínese) el 50 aniversario de nuestra amistad. Lo recuerdo mientras bebía una cerveza conmigo y charlábamos al salir del viejo Centro en aquella canícula de 1919 cuando en Madrid tuve una pequeña hemoptisis. Lo recuerdo en San Rafael donde hacía una pequeña cura de altura aconsejada por el doctor Carrasco, al que Ud. me había mandado (Ud. acababa de “despachar” con Don Ramón el trabajo que su equipo había preparado para el diccionario histórico del español). La amistad que en aquellos tiempos Ud. ofreció a un principiante, todavía sin título, era sin duda fuerte si ha resistido así de bien al tiempo y a las pasajeras discrepancias.»

Las discrepancias a que alude Bataillon no fueron pasajeras, pues, en efecto, no pasaron, o lo fueron solo por efecto de la amistad que ambos habían aprendido a profesarse, superándolas en el esfuerzo del mutuo reconocimiento de las diferencias ajenas. Castro y Bataillon discrepan en puntos importantes que tienen que ver sobre todo con la configuración y desarrollo de las nuevas ideas de Castro en el exilio (aunque ya antes de la guerra habían disentido con relación a la cronología del erasmismo español, véanse en propósito las cartas de 1928 y 1929), y lo hacen cada cual a su modo, siguiendo la índole de su propio carácter: Castro de manera irascible y puntillosa, picada, a veces exageradamente dura, agresiva, comprensible, sin duda, desde el horizonte de ataques y adversidades en que se vio envuelta la recepción de su obra del exilio; Bataillon siempre mesurado y ecuánime, sin perder nunca los papeles ni la compostura, elegante, discreto, capaz de desplegar condescendencia sin renunciar a la crítica, esforzándose siempre en hacer comprender al otro que era más importante la amistad que les unía que las diferencias —de método, de criterio, de ideas— que los separaban. Ambos se corrigen y en el curso de la polémica —siempre la misma y siempre renovada— se modifican a veces, otras no, cuestiones de detalle o de sustancia, pero lo que aquí importa poner de relieve no son tanto las posiciones más o menos encontradas de cada uno de ellos, sino el espacio dialógico que con tesón construyen y con perseverancia mantienen a lo largo de sus vidas, la voluntad afirmativa de ese espacio al que ambos quisieron dar vida, como si sus obras, en cierto modo, dependieran del juego que en él se hacía. Castro y Bataillon apostaron por el diálogo, a veces puesto en peligro y siempre salvado. Siempre y a pesar de todos los pesares de sus vidas. Fue una pelea de titanes la de estos dos gigantes del hispanismo: la disputa del «Príncipe» y del «Hereje» que arrastra los modos de ser propios de cada caso, y también, desde luego, su diferente posición en relación al canon del hispanismo.

Y duró lo que dura la vida, pues solo la muerte de Castro interrumpe este «diálogo de dos humanistas», como tan oportuna y apropiadamente lo llaman Claude y Gilles Bataillon en el prólogo que antecede a esta introducción. Dos humanistas a la postre separados por la línea de demarcación entre la ortodoxia y la heterodoxia del hispanismo. De esa línea —límite o *limes*— que fue el erasmismo ambos sabían demasiado como para no darse cuenta de lo que estaba aconteciendo con sus propias vidas. Los mayores ataques a Castro, el «hereje», fueron contemporáneos del mayor reconoci-

miento a Bataillon, a la sazón coronado internacionalmente «príncipe del hispanismo», y sin embargo el diálogo siguió y siguió, no como si nada, sino como tenía que ser entre dos amigos que habían decidido serlo más allá del éxito y el fracaso personales —pues a la amistad verdadera se corresponde con la vida. Un diálogo que es principalmente de ideas, diálogo intelectual donde los haya, pero que abraza también todo lo demás, pues, en fondo, lo que transparece claro en su escritura es la imbricación de las ideas en la vida, su perfecto engarce conformando una unidad de significación y sentido múltiples. El soporte humano de las ideas: detrás están siempre Castro y Bataillon, siempre ellos radicados en sus vidas, preguntando por los amigos comunes, deseando salud y felicidad a las respectivas familias, dando noticias de ellas, buenas y malas, ayudándose en lo posible, e incluso más, como corresponde a dos hombres auténticos que se buscaron —y supieron encontrarse— en el espacio más puro y genuino del gran diálogo humanista.

«Le he escrito esta larga epístola por el placer de cultivar una de las pocas amistades que me restan» (carta de Castro a Bataillon del 24 de enero de 1941). Bataillon será para Castro un punto firme en el vacilante e inestable devenir de su vida en el exilio. Un lugar seguro en el naufragio de su existencia: «No sé nada del Centro. Estoy sin noticias de Pidal, Navarro, Montesinos. He escrito, pero nadie contesta», le dirá con un profundo sentido de extravío y abandono en la carta del 13 de septiembre de 1936. Bataillon siempre contesta. Siempre (aunque muchas de sus cartas no nos hayan llegado, no por desinterés de Castro, desde luego, sino porque la vida del exilio impone la adversidad y la intemperie, y no da para una casa segura y confortable donde ordenar recuerdos, carpetas, cartas, cuadernos, documentos). Y esta seguridad de su respuesta es para Castro un indudable estímulo intelectual del que se servirá en el intento de recuperar el hilo perdido de sus ocupaciones en España (a menudo le pide libros y noticias de las nuevas publicaciones que van saliendo, o solicita su ayuda para actualizar alguna bibliografía), pero, sobre todo, le da fuerzas y ánimos para la vida. No son solo dos colegas que se estiman y se escriben cordialmente con relación a sus trabajos. La vida entera está en estas cartas. En ellas sale, por ejemplo, el papel que hubo de jugar Bataillon para sacar de España, durante la guerra, a la madre y a la tía de Castro, y su activismo en favor de los refugiados españoles, entre ellos el propio hermano de Castro, índices de su amistad, sin duda, pero también del compromiso moral de su hispanismo.

De «charla humana» calificará Castro su correspondencia con Bataillon (carta del 18 de enero de 1950). Charla de «dos buenos y ya viejos amigos» (29 de noviembre de 1945). Charla que ambos querrán poner al reparo de sus diferencias y en cuyo seno harán denodados esfuerzos por poner a salvo su amistad: «Ud. sigue siendo el amigo querido, admirado, el de las horas buenas y las horas malas» (carta de Castro a Bataillon del 3 de abril de 1950); «Ud. para mí también es un amigo querido y admirado, es uno de los pocos hombres de los que nada me es indiferente» (respuesta de Bataillon a Castro del 6 de abril de 1950); «el discrepar no significa desestima personal ni mengua de amistad. Es más lo que nos une que lo *separante*» (carta de Castro a Bataillon del 17 de julio de 1960). Lo que no les impidió llamar a las cosas por su nombre en aquel «amistoso altercado», como dice Castro el 10 de enero de 1951, o «desacuerdo amistoso», como poco después lo llama Bataillon el 19 de abril de 1951, defendiendo cada uno sus propias ideas con pasión e inteligencia, con derroche de tiempo y energías en unas cartas que son verdaderos ensayos de clarificación del propio pensamiento: «No, querido Bataillon: los métodos de Morel-Fatio y de sus otros sabios maestros (yo admiro, de veras, la sabiduría de Uds.) no son los adecuados para tratar de literatura, [...]. Son Uds. como una Iglesia rígida, inmutable, fanática. [...] Hay dos hombres en Ud., uno de ellos muy enterrado. A este le hablo, al amigo, no al sacerdote racionalista revestido de sus ornamentos y oficiando con la pompa ritual de su liturgia» (carta de Castro del 12 de abril de 1950); «me ha asustado un poco la violencia de su reacción» (respuesta de Bataillon del 19 de abril de 1950). Discuten, matizan, aquilatan lo que se van diciendo, sin plegarse, cada cual siendo quien es, o quien quiere ser, cada cual desde su propio espacio y posición intelectuales y vitales, salvaguardando el mutuo respeto, aclarando y aclarándose, cambiando si era del caso o reafirmando en lo dicho si no lo era, espadas en alto dispuestas al duelo, franca y honestamente, pero sobre todo empeñadas en el mutuo reconocimiento, porque más que la polémica les importaba salvaguardar el espacio de su diálogo, más que la espada, el hombre que lealmente la empuñaba.

«No crea Ud., por Dios, querido Bataillon, que hay en mis palabras la menor queja. Somos los dos demasiado buenos amigos, para no entendernos con medias palabras. Nuestra posición es, justamente, la que habría sido la de uno de aquellos huidos a Ginebra, y la del fraternal amigo que había quedado en España convencido de la verdad de su ortodoxia» (carta del 10 de diciembre de 1949).

La imagen con la que Castro cifra el entendimiento de las dos partes de la polémica es perfecta: dos amigos fraternos separados por la fe en la creencia de la historia. Cada cual convencido de la suya. Y no dejarán de escribirse, pero lo harán separados por la distancia de una insalvable frontera (aunque Castro siempre esperara en la «conversión» de su amigo: «Ud. acabará por ser un gran convertido: ya lo verá», le dice el 6 de marzo de 1952). No lo sería, o, al menos, no lo sería como Castro hubiera deseado, porque lo cierto es que Bataillon se mostró hacia Castro más abierto y disponible que al revés, lo cual no deja de ser comprensible, pues es Castro quien, abrazando la «herejía historiológica», da el paso y cruza la frontera, abandonando el gran recinto de la ortodoxia, donde, en cambio, Bataillon iba a permanecer como un erasmista en la España de Carlos V, fomentando la renovación y haciendo reforma desde dentro, sin ocultar sus simpatías con la herejía castrista, aceptando lo que podía y rechazando lo que no, pero siempre abierto y atento a lo que allí se cocía, bien dispuesto, con generosidad de ánimo e inteligencia despierta, abriendo sus puertas, las suyas, para que la herejía pudiera ser conocida y discutida en los dominios generalmente adversos del hispanismo canónico, como cuando decidió dedicar —ojo avizor de generosidad— uno de sus cursos en el Collège de France a las nuevas ideas de Castro («Durante tres meses en mi curso de los viernes he hablado de su ideas, mostrando lo que me parecía arriesgado y lo que me parecía que se podía confirmar o ampliar a través de la investigación», carta del 6 de abril de 1950).

No se entiende bien la grandeza y la generosidad de este gesto de Bataillon, la magnitud de su alcance intelectual y humano, si no se insiste en el ambiente de general exclusión que envolvió a la obra del exilio de Castro: «Mi vida de hereje y de “outsider” hace que me excluyan de todas las “iglesias” y capillas» (carta de Castro a Bataillon del 16 de marzo de 1961). A Castro no le faltaron reseñas y atenciones críticas, desde luego, pero en todas ellas, o casi, incluso en las más favorables, o menos desfavorables, su obra, en fondo, quedaba casi siempre fuera de los lindes de una ortodoxia más o menos explícita que, en vario modo, entre sutilezas y apriorismos, acababa por excluirla y condenarla. Bataillon, en cambio, se mueve con decidida voluntad inclusiva, y lo hace desde la posición central que ocupaba, desde una de las cátedras más prestigiosas del hispanismo internacional, desde el templo del saber que era el Collège, poniéndose él mismo en juego y arriesgando su propio prestigio al traer —del margen al centro— las ideas de Castro a su curso, al

prestarles su propia voz para que pudieran hacer curso hasta la libre consideración de sus alumnos. No fue como permitir la predicación de un hereje en la catedral, pero sí el «comentario» de la herejía en el más puro espíritu humanista. Castro, al principio, malentendiendo al amigo, se sintió blanco de nuevos ataques, pero después, saltando por encima de las diferencias —de criterio, de método, de ideas—, llegó a comprender la grandeza que albergaba el gesto de Bataillon, la discreta elegancia de su estilo. A modo de coda de aquel curso, Bataillon publicaría una carta-abierta a Castro, «La España religiosa en su historia», con la que intentaba precisar su posición respecto a las nuevas ideas de Castro y superar de este modo la polémica privada que había venido enredando su amistad en los últimos años. Castro le respondería públicamente con el artículo «Algunas aclaraciones sobre *España en su historia*», aunque en privado (carta del 24 de junio de 1951) se quejara de haber tenido que hacerlo y no renunciara a afilar la punta de su ironía: «lamento que me haya hecho Ud. perder algún tiempo, pues ninguna necesidad había de decir en público que a Ud. no le gustan mis ideas —o sencillamente no gusta de entenderlas» (ambas, la carta-abierta de Bataillon y la consiguiente respuesta de Castro, han sido sabia y oportunamente incluidas por Simona Munari como parte integrante de este epistolario). Pocos entendieron tan bien como lo hizo Bataillon que la obra del exilio de Castro iba a ser una «obra exiliada». En el intento de correr al reparo —quizá recordando aquellos intentos en favor del erasmismo por que no quedara «fuera»— puso el mejor de sus empeños.

IV

Una «obra exiliada» de la que este epistolario es, sin duda, el mejor complemento para entender su génesis, configuración y desarrollo. De su complejo proceso de escritura, del tortuoso camino de Castro, de la travesía en el desierto que fue su exilio, Marcel Bataillon no fue solo testigo involuntario, sino que supo ser su interlocutor más importante dentro del gremio de los hispanistas, a quien Castro más se confía y cuyas críticas y objeciones acepta —acaba aceptando— en el horizonte y en el espíritu del compromiso de su amistad. Se trata de un epistolario en cierto modo manco y desequilibrado, pues, como queda dicho, las duras condiciones —restricciones— impuestas por la Guerra Civil y el exilio (registro del domicilio madrileño de Castro y sucesiva errancia y dispersión consus-

tanciales a su vida), no han permitido hasta ahora localizar la mayor parte de las cartas que Marcel Bataillon envió a Américo Castro. En su prólogo, Claude y Gilles Bataillon cifran en unas cien las cartas perdidas y dan explicaciones convincentes sobre todo ello. Aquí se editan, gracias al buen hacer y a los desvelos de Simona Munari, 164 documentos inéditos, más dos ya publicados, la carta-abierta de Bataillon a Castro y la consiguiente respuesta de este: la proporción es de 1 a 3 a favor de Castro y de todo ello da cuenta la editora en su prólogo y en sus notas a la edición. En cualquier caso, las cartas extraviadas no configuran una ausencia irreparable, pues la presencia de Bataillon, aunque reducida, ha permitido reconstruir, si no el cuerpo completo, sí el alma de su bien modulada relación con Castro. A lo que se añade la presencia refleja de Bataillon en la escritura del propio Castro, como no podía ser menos, puesto que ser es, en efecto, ser-en-relación.

Hay, sin duda, una profunda unidad en las cartas que se cruzan Castro y Bataillon. El argumento es la vida, sus vidas, pues todo de ellas cabe en estas cartas, pero lo que predomina es la dimensión intelectual de esas vidas, su reflejo en la escritura de sus obras —sin que estas puedan considerarse como parte separada de aquellas. A la postre, vida y obra caminan en ambos al unísono, pues se confunden en esa superior comprensión de la persona tan propia de un humanismo que ambos hicieron propio. No, el humanismo no fue para ellos solo un tema u objeto de estudio, sino el estilo de sus obras —sobre todo porque lo era también de sus vidas.

En su unidad sustancial, estas cartas podrían subdividirse en tres partes: la primera abarcaría los años anteriores a la Guerra Civil (1923-1936), la segunda los de la guerra (1936-1939), y la tercera desde el final de la guerra hasta la muerte de Castro (1940-1972), aunque esta última, más larga y numerosa que las otras, tendría a su vez varios momentos reconocibles: los años de Princeton (1940-1963), sin duda los más importantes para Castro, con la divisoria que abre en ellos su jubilación en 1953, dando vida a otros dos momentos o grupos de cartas (1940-1953 y 1953-1963), el período de La Jolla (1963-1968) y los últimos años en Madrid (1968-1972).

Las cartas que se cruzan Castro y Bataillon hasta la Guerra Civil están en estrecha relación con la publicación de *El pensamiento de Cervantes* y la consiguiente reseña de Bataillon publicada en la *Revue de Littérature Comparée* en 1928, «Cervantes penseur, d'après le livre d'Américo Castro», muy elogiosa, sin duda, aunque con una pun-

tualización sobre la cronología del erasmismo a la que Castro respondería con amago polémico. También tratan de los avatares de la edición del *Enchiridion* de Erasmo, a cargo de Dámaso Alonso y con una introducción —espléndida, según decir de Castro— de Bataillon, y del proyecto de edición de los *Coloquios* erasmianos. Coinciden en la particular importancia que ambos dan a la vida religiosa, desentrañando su auténtico valor y sentido en aras de una mejor comprensión de la cultura española de los siglos XVI y XVII. Coinciden en su interés por el erasmismo, un signo entonces indudable para ambos del carácter europeo de la cultura española, y chocan en su cronología, pues Bataillon matiza la idea de Castro de un Cervantes directamente influido por Erasmo, fiel a su idea de que el *Índice* de 1559 quita de la circulación a sus libros en España, quedando solo, después de esa fecha, un erasmismo de «segunda mano», lo cual, en cierto modo, no deja de ser cierto, al menos en lo que hace a la libre circulación de los libros, pero Castro le contesta que «si Ud. ha podido hallar hoy un ejemplar de la *Doctrina* de Valdés, ¿sería imposible que un curioso como Cervantes viera traducciones acá o allá? (¿por qué no en Italia?) Quedando unos ejemplares de esas versiones, con mayor motivo pudo hallarse en el siglo XVI» (carta del 20 de febrero de 1929). Años después, en Princeton, recordando aquel primer desencuentro en el momento más duro de la polémica que desencadenó entre ellos *España en su historia*, Castro le escribiría a Bataillon: «Los datos inmediatos de mi experiencia con Ud., en el terreno objetivo, arrancan de aquella su discrepancia, tan enérgica, de no ser posible el erasmismo en España después de 1559. Me obligó Ud. a escribir “Erasmo en tiempo de Cervantes”. ¿Cuál fue el motivo de su error, que yo no le dije en mi respuesta, porque me interesaba más aún que el problema, la amistad suya» (carta del 12 de abril de 1950). Lo que reiteraría en la nota que antepuso a dicho texto en 1957, al incluirlo en *Hacia Cervantes*: «Este artículo fue escrito con ocasión de haber negado algunos eruditos el hecho de que las obras de Erasmo hubiesen podido ser leídas en tiempo de Cervantes». Por su parte, Bataillon también recordaría este primer incidente años después, en «El erasmismo de Cervantes en el pensamiento de Castro» (incluido precisamente en el volumen de homenaje a Castro que coordinó Laín Entralgo en 1971, *Estudios sobre la obra de Américo Castro*), y lo haría con suma elegancia y cortesía, reconociendo la deuda que sus investigaciones sucesivas tenían con Castro en aquel punto particular —y no solo en él.

No faltan en este primer grupo de cartas reflexiones y confidencias sobre la actualidad política, sobre todo con relación a esa progresiva insatisfacción de la política republicana que sintieron los intelectuales: «Hay contradicciones esenciales entre lo que uno piensa y lo que la gente y los políticos quieren hacer. Por lo tanto, a quedarse en casa» (carta de Castro a Bataillon del 26 de junio de 1935). No era cierto, como le había dicho, que estuviera «alejado de toda acción política», ni que lo que le preocupaba era solo su trabajo, como le va a decir a renglón seguido, pero que hablara en estos términos es índice claro de la distancia que se había abierto entre los intelectuales de su generación y la praxis política del momento.

La reflexión sobre la situación actual va a hacerse protagonista de las cartas del segundo grupo, las de los años de la guerra de España. Desde Hendaya escribe Castro su primera carta a Bataillon desde el exilio. Era el 13 de septiembre de 1936. En ella le da cuenta de la «misión diplomática» que ha conducido en San Sebastián por cuenta del gobierno de la República. Es una carta llena de todas las angustias e incertidumbres del exilio: «Nos deshacen España [...]. Puede imaginarse que una España abandonada a la anarquía, o a sus sucedáneos, no me interesa para nada. La España fascista como primera medida me fusilaría. Por lo tanto, hay que esperar. [...] El gran problema es ganarse el pan. ¿Dónde y cómo?» Es posible que Bataillon le hubiera anunciado en alguna carta anterior la próxima publicación de su libro sobre Erasmo y España, pues en la posdata a la carta antes citada añade Castro: «Su *Erasmo* llenará mis horas de exilio durante el próximo invierno. Que no se haga esperar demasiado.»

Las cinco cartas de 1938 son extensas y sobrecogedoras. En ellas analiza Castro la situación nacional e internacional y da cuenta de la vivencia privada de su exilio: «Queda sin embargo lo demás. Es decir, tener que comenzar una nueva vida, sin que la angustia se le quiera a uno acabar plenamente. Ud. quizá conoce por Jean Sarrailh mi manera de pensar en el asunto, y sabe, o sospecha, que todo lo que pasa no me sorprende, y que estaba descontado tan fatal desenlace» (20 de marzo de 1938). Castro nada en la superficie de la tragedia española, busca entenderla y dar razón de ella, y se sitúa, pues será siempre un «intelectual situado», y lo hará en conciencia fuera de la guerra y dentro de la tragedia («toda mi alma está puesta al lado de los desventurados que sucumben»), pero se siente sin voz, desvalido y sin voz: «Los que persistimos en querer buscar razón y sentido a las cosas, hemos de callar, como si fuéramos adoradores de un

culto proscrito y nefando. Callar, vivir en la sombra, es lo único que cabe.»

Érasme et l'Espagne se publicó en 1937. En la carta antes citada Castro da cuenta de su lectura: «Su libro es espléndido, y cada vez que lo abro hallo en él enseñanzas y sugerencias. Lo normal habría sido escribir una reseña kilométrica de tan capital estudio. ¿Pero cómo? Se me han roto demasiados resortes y me consumo plenamente en las tareas rutinarias de los cursos y conferencias que he tenido que dar allá en el Sur y ahora aquí. La tragedia es de demasiado amplio vuelo.» Dos años después —¡dos años después!— le dirá: «Por fin, estoy a punto de escribir algo sobre su magnífico libro, más bien en torno a su libro ya que es muy tarde para escribir una auténtica reseña» (11 de marzo de 1940). De ahí, del acicate que le supuso a Castro la lectura del libro de Bataillon, saldrían los dos artículos sobre «Lo hispánico y el erasmismo», publicados en 1940 y 1942, que después, en 1949, a la hora de ser recogidos en volumen, corregidos y ampliados, cambiarían su título por *Aspectos del vivir hispánico*. Castro rectificaba a Bataillon en un punto fundamental, pues —en palabras de Márquez Villanueva— «el erasmismo no era una novedad sin raíces más allá de los tiempos de Cisneros, sino el refuerzo de una tendencia a la interiorización del sentimiento religioso visible en España desde finales del siglo XIV y robustecida en el siguiente por la masiva entrada en juego de los judeoconversos». En la misma carta de antes se lo había anunciado Castro a Bataillon: «Para los españoles en el siglo XVI el erasmismo fue una “actitud”, más que una religión con un contenido preciso; erasmismo, alumbradismo, mesianismo, tentativas de revolución social serían caras diferentes de una misma tendencia cuyos antecedentes, cuyas manifestaciones ya se perciben en el siglo XIV». Pero lo que aquí más importa notar —más incluso de la posterior aceptación de Bataillon— es que en esos artículos sobre «Lo hispánico y el erasmismo» cabe cifrar el vislumbre de la «nueva luz», el inicio —con «estilo de tanteo», como dirá en el prólogo de *Aspectos del vivir hispánico*— de esa segunda etapa de Castro que iba a llevarle a escribir *España en su historia y La realidad histórica de España*. De nadar en la superficie de la guerra, intentando entender aquel desastre, Castro había empezado a bucear en las profundidades de la tragedia española y en los entresijos de su historia. Todo en aras de un «nuevo entender» que era, sobre todo, un «mejor comprender».

«Vivir es cambiar», le dice Castro a Bataillon en su carta del 8 de enero de 1948, y bien podría ser este el lema bajo cuya insignia

se abren las cartas del tercer grupo. Un cambio lento y paulatino, pero cuyo avance no conoce reposo en la trayectoria —intelectual y vital— de Castro. De ese cambio gradual, de ese avanzar hacia la «nueva luz» y desde ella desvelar la «realidad histórica española», las cartas que cruzaron Castro y Bataillon son, sin duda ninguna, el mejor y más documentado testimonio. Más incluso que las publicaciones de Castro, pues, aunque en ellas se ofrece la modulación de su pensamiento, este queda siempre como cristalizado en sus momentos de escritura, mientras que en las cartas a Bataillon se ofrece el devenir mismo del movimiento de su pensamiento, lo dinámico y como puesto a prueba que escapa en lo fijado en sus publicaciones. Castro modificará su «idea de España». Como consecuencia de ello, modificaría también su interpretación —su comprensión diría él— de la cultura española, y también, claro está, de la espiritualidad española del siglo XVI. Mudará Castro de «estilo y de razones». Nada se parece menos a *El pensamiento de Cervantes* que *La realidad histórica de España*: han cambiado las razones, sin duda, pero también el estilo en que en cada caso se expresaban. El estilo es el hombre: Castro ha cambiado y no puede seguir diciendo del mismo modo y manera, con similar estilo, cosas distintas de las de antes. «Lo que me ocupa ahora es el libro sobre España, *España en su historia*, que [...] me aclara lo que nunca entendí: España. Mi tirria contra la erudición y el convencionalismo universitario (plagas de nuestro tiempo, como aquellas *artes corruptae* que hacían protestar a Luis Vives) me ha llevado a *mettre les pieds dans le plat*, y a intentar ver la historia no como hechos que acontecen, sino desde dentro de los hechos. El resultado es que a España la han hecho y la han deshecho los moros y los judíos, entreverados con los cristianos» (carta a Bataillon del 29 de noviembre de 1945). «Nada es más apasionante —le había dicho antes— que la historia vista desde las entrañas del vivir mismo» (24 de enero de 1941). «La soledad y la lejanía me han sido de gran consejo», le dirá también, y poco antes, siempre en la misma carta: «Esto del árabe, amigo Bataillon, es una mina inexplorada. Lástima ser yo tan viejo. Un día vendrá en que el Oriente será tan indispensable para entender la vida europea, como hoy lo es la tradición greco-latina. Lo de España —especialmente— es una vergüenza; los españoles hemos estado tan obcecados, que no hemos visto que lo musulmán no era solo cuestión de temas y fuentes.»

Castro va dando cuenta a Bataillon de su «cambio» y le va poniendo al corriente tanto de la génesis como del proceso de escritura

y avatares de publicación de *España en su historia*. Y Bataillon responde, y sus respuestas caen en el terreno abonado de ese magnífico proceso, incidiendo en él y obligando a Castro a precisar mejor su pensamiento. Bien podría decirse que la obra exiliada de Castro se enriquece con el vivo diálogo de Bataillon. Hay en propósito una carta perdida de este, a la que Castro responde el 23 de abril de 1946 roturando el terreno de sus nuevas diferencias, lo que prueba que la polémica que iban a mantener tras la publicación de *España en su historia* tiene un curso anterior: «Me interesa cuanto dice y se lo agradezco. Tiene razón, y ello se explica si pensamos que lo que para Ud. es materia de conocimiento, para mí es vida total, mi vida. Me parece que ambos enfoques llegan a resultados valiosos, y lo que Ud. hace tiene en efecto validez universal. Mas mi asunto es otro. Quise a todo trance *entender* el sentido de la historia de España, que es una realidad única, irreductible a denominadores conceptuales. Mi ensayo sobre “Lo hispánico” fue eso, un ensayo deficiente cuando aún caminaba a tientas. Ahora es otra cosa. Ya llegó a Buenos Aires el manuscrito de mi *España en su historia*, con el subtítulo *Cristianos, moros y judíos*. Hablar de este o del otro siglo, de este o del otro hecho, es una pura abstracción, e incurrí en ellas hasta no dar con la “forma de vida” española. [...] Creo que he dado en el clavo, y que solo resta precisar, ampliar y rectificar este o el otro detalle. La forma de vida, la biografía de España es esa y no otra.»

En los años que siguen, de enzarzamiento polémico, Castro va a dar vida a una serie de categorías capaces de soportar el andamiaje del edificio que estaba levantando para una nueva comprensión de la historia de España. Bataillon asistirá a la gestación y precisión de la «morada vital» y de la «vididura», derivados de esa «forma de vida» que Castro se afanaba en clarificar con relación a la vida española y que está en la base de su nuevo pensamiento. Este epistolario es precioso en este sentido, pues se trata de categorías no siempre claras en la obra de Castro, o, al menos, cuya semántica no aparece siempre de manera uniforme, y en estas cartas Castro se esfuerza en hacérselas entender al amigo, explicándolas antes de aplicarlas, con lo que, a la postre, revierten en feliz complemento de su obra exiliada. La polémica que se desencadena ahora ya no va a ser de detalle, como la de antes de la guerra sobre la cronología del erasmismo, sino de fondo y de sustancia: «estamos divididos en *creencias* como en siglos pasados lo estuvo la gente en materia de religión» (carta de Castro a Bataillon del 10 de diciembre de 1949). No se trata solo de dos maneras distintas de enfrentar el análisis histórico, sino de dos

distintas comprensiones de la historia: Castro y Bataillon discuten porque chocan los paradigmas en que se mueven. Es, en verdad, un choque de paradigmas lo que se desencadena en esta interesantísima polémica que arranca en 1946 y tiene su momento más álgido y brillante entre los años 1949-1951, cerrándose con sendas publicaciones, la carta-abierta de Bataillon y la respuesta de Castro, como si solo el airearla en público pudiera hacer amainar aquella tormenta, pero sin quedar zanjada, sino solo latente y adormecida, reapareciendo renovada en 1955 y en 1958, pero ya desde un horizonte claro de haber sido superada bajo las insignias de la amistad. «Posiciones antipódicas» las llama Castro el 20 de marzo de 1958: «Mi discrepancia con su modo de entender la literatura se funda en nuestro distinto modo de estar en la vida y de entenderla. Lo que para Ud. es *conocer, saber* para mí es *entender, sentir*. [...] Esto es lo que llamo manera ingenua de pensar la historia, y contra la cual *je suis parti en guerre*. [...] La idea de la obra de arte ha de plegarse a la realidad de esta, que es *vital*, y no fija como la de los objetos físicos o ideales. [...] La obra de arte es expresión de vida, no código de principios ni almacén de objetos *definibles*. [...] Yo prefiero decirle esto a Ud. *de una vez* (como dicen en México), no para abrirle los ojos, ni para convencerle de nada, sino para explicarle las razones *de fondo, de realidad* que me impiden a mí (y a todas las personas con quienes hablo) aceptar su tergiversación de la realidad humana de la obra literaria» (27 de julio de 1958). Estas «profundas discrepancias en asuntos literarios» (28 de octubre de 1961), como las llama Castro, venían a renovar la vieja polémica sirviéndose del pretexto de la publicación en 1961 de «*La Célestine*» *selon Fernando de Rojas*, de Bataillon, libro duramente criticado por Castro, aunque este, al poco, había de llenarle de elogios a su autor por los estudios que empezaba a publicar en esos años sobre *La pícara Justina*, en los que Bataillon, retomando una idea suya que ahora interesaba especialmente a Castro, hacía de la situación de los «conversos» el centro de sus análisis. Al recoger después estos trabajos en *Pícaros y picaresca*, Bataillon pondría la siguiente dedicatoria: «A mi admirado amigo Américo Castro, renovador de los problemas de la picaresca y de la honra y de mucho más.»

Pasan los años, y en las cartas que se cruzan Castro y Bataillon va quedando el rastro de sus vidas: los viajes, la estancia de Castro en Italia, sus encuentros, breves y poco frecuentes; los cursos, los trabajos en curso y los recién publicados («Mi trabajo está en continuo trance de renovación», escribirá Castro el 2 de enero de 1963); los

problemas rocambolescos con la traducción francesa de *La realidad histórica de España*, algo en lo que tuvo que mediar Bataillon para sacar a flote el proyecto; el traslado a La Jolla; los achaques de la vejez, los propios y los de los familiares más cercanos («Las circunstancias de mi vida son poco propicias para estos trotes: aisladísimo, con una pobre criatura mal de salud, que no puede ir sola a ninguna parte, ni a comprar al mercado —la amnesia parcial es a veces un serio obstáculo para andar por la vida», confiará al amigo Bataillon el 7 de diciembre de 1966); la obsesión de Castro por los sobretiros, que solo se entiende desde el compromiso con su obra en el marco del acoso y animadversión que sentía en sus críticos; la general adversidad de la recepción de su obra, sobre todo en Francia, pero también en España y entre los exiliados españoles, e incluso internacionalmente, algo que, en más de una ocasión, pone a Bataillon en aprietos, pues tampoco estaba tan distante de algunas de esas críticas, aunque siempre prefiera optar por la amistad y salir en defensa del amigo, o dar la cara por él, como hizo al escribir el prefacio que acompañó a la traducción francesa de *De la edad conflictiva*; el desvalimiento de los últimos meses en La Jolla («Me siento muy solo», 27 de marzo de 1967); el traslado a Madrid; la tristeza de aquel retorno indeseado, contra el que opuso resistencia y al que hubo de plegarse por aquel amor que duraba ya una vida («estoy muy viejo, abrumado de trabajo, con tristeza en torno, y además, en Madrid no hay libros [...]. Il faut être sage et se résigner à l'inévitable», 25 de septiembre de 1971); la melancolía de aquellos días y el reiterado e imposible anhelo de volverse a América («Mucho me agradecería poder regresar allá; vine a Madrid por los motivos que conoce, hay aquí afectos que me atan muy cordialmente, pero la falta casi total de medios de trabajo a veces asfixia», 8 de abril de 1972; «Continúo sintiéndome profesor de Princeton», 17 de mayo de 1972), índice de la insatisfacción de su cordura y del rechazo de una España que no podía reconocer; hasta llegar a la última carta de Bataillon, del 20 de mayo de 1972, que iba a quedar sin respuesta, en la que le decía «Le contaré de mis andanzas cuando nos veamos, tal vez el verano que viene». Pero ya no pudo ser.

V

De regreso a España, en Madrid, en aquel Madrid que había sido tan suyo y que ahora era otro tan distinto, Castro no se encontró a sí mismo. No supo o no pudo, pero lo cierto es que vivió su

regreso como una derrota. Una más entre las muchas que había encontrado en su vida de exiliado. Había vuelto no a la España oficial de aquellas postrimerías franquistas que anunciaban buenas nuevas, sino a sumergirse en la derrota del «exilio interior». Y no se encontró porque este ya se estaba preparando para dejar de serlo. Era ese jodido «destiempo» del exilio del que ha hablado Claudio Guillén con su fina inteligencia y tanto conocimiento de causa. Castro reaccionó con el deseo irrefrenable de volverse a América. Sabía que no podía ser, que era un deseo imposible, pero no por ello dejaba su deseo de ser real («Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible»). Volverse a América, a Princeton o a La Jolla, era, en aquel tiempo de su destiempo, como querer recuperar el exilio. Era el deseo de volver al exilio. La esperanza de poder volver a él. De regresar a ese «no lugar» en el que había sabido levantar la precariedad de su casa, a su horizonte siempre amenazado y a su intemperie siempre amenazante. Regresar al exilio porque en él se reconocía. Era su patria. Era él. Castro era, en efecto, su exilio, y tener que renunciar a él al final de su vida tenía el sabor más amargo de la peor de las derrotas.

En él, Castro no dejó propiamente una escuela, aunque sus discípulos también son reconocibles, sino algo mucho más importante: una herencia. Que no puede ser objeto de reparto y de saqueo, pues no se trata de recoger lo que apetece y puede servir, y de despreciar el resto. Una herencia es una donación de responsabilidad. No es solo un tesoro, es también una carga y una condena. Una forma de destino. Se puede acoger o no, pues en principio a nadie obliga. Pero si se acoge, hay que aceptar su peso y llevarlo con alegría, como dicen que hacía Sísifo con su piedra. Hay que aprender a merecerla. Nos corresponde si le correspondemos. Solo así puede evitarse la condena del destino. Solo así, desde la correspondencia y el merecimiento, se alcanza la plena libertad del destino del heredero. Y a este punto, lo que solo cabe al buen heredero es renunciar o hacerse merecedor de la herencia. La de Castro sigue esperando en el exilio. También la de Bataillon sigue esperando, pues la espera es siempre esperanza en el superior compromiso que animó sus vidas, las de ambos, aquel compromiso que sigue iluminando el sentido moral del hispanismo. «Aunque es de noche». Aunque parezca que haya caído la noche.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Las alusiones y referencias al *Quijote* están tomadas de la edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico para el Centro de la Edición de los Clásicos Españoles: Barcelona, Círculo de Lectores & Galaxia Gutenberg, 2004. En su espíritu, han querido ser un rendido homenaje a don Américo y a don Marcelo, pues en la «varia lección» de sus obras aliena con cervantina ejemplaridad un sentido del hispanismo que «ahora, en estos nuestros detestables siglos», bien pudiera revelarse tabla de salvación en el general naufragio de nuestras universidades.

La referencia a Claude Bataillon y la cita de la carta de su padre al embajador de España en Lima, D. Fernando María Castiella, se encuentran en su pulcro libro, *Marcel Bataillon. Hispanisme et engagement*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2009, respectivamente en las págs. 66 y 113. Sobre el «pacifismo integral» de Bataillon véase, del mismo libro de Claude Bataillon, el capítulo «Entre deux guerres: pacifisme moral et pacifisme militant», págs. 59-71. La cita de *Défense et illustration du sens littéral* corresponde a la brochure de The Presidential Address of the Modern Humanities Research Association, Cambridge, 1967.

Sobre la Guerra Civil como grado cero de la historia española y sobre la «tercera España» como categoría historiográfica que rompe la dicotomía de las «dos Españas», puede verse mi «Acontecimiento y categoría de la guerra civil», en *Revista de Occidente*, núms. 302-303, 2006. De mi connivencia con la obra de Castro hubiera debido de hablar por extenso mi libro *La tradición velada*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999. De raigambre castrista considero, en cambio, mi «La forma de lo hispánico», en *Paideutika*, núm. 12, 2010.

La carta de Castro a Ortega a la que se hace referencia se cita por Javier Varela, *Américo Castro: autobiografía de un liberal*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1995, pág. 23 («Ud. viene fingiendo ignorar que yo soy un profesor estimado en cualquier parte de Europa o América, cuando hablo de cosas de mi oficio»). La referencia a María Zambrano sobre el viaje existencial del exilio está tomada de su emotivo artículo «Amo mi exilio», publicado en el diario *ABC* el 28 de agosto de 1989 y después incluido en *Las palabras del regreso*, ed. de Mercedes Gómez Blesa, Madrid, Cátedra, 2009. Las citas de la respuesta de Castro a Domenchina están sacadas de Vicente Llorens, «Los años de Princeton», en *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1971, pág. 289. La referencia de Francisco Ayala al «cementerio de promesas» que configuró el exilio se encuentra en el prólogo a sus novelas sobre la Guerra Civil agrupadas bajo el título de *La cabeza del cordero*. La alusión a las identidades fronterizas propias del mestizaje intercastizo está tomada de Juan Goytisolo, «Américo Castro en la España actual», en *Américo Castro y la revisión de la memoria*.

El Islam en España, coord. Eduardo Subirats, Madrid, Ediciones Libertarias, 2003, pág. 26, y la relativa al mestizaje viviente de las castas de Paulino Garagorri en su *Introducción a Américo Castro. El estilo vital hispánico*, Madrid, Alianza, 1984, pág. 36. La referencia a Claudio Guillén y a su concepto de «destiempo» propio del exilio está tomada de su libro *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Sirmio, 1995. Se ha insistido mucho, y con razón, de la raíz diltheyana de la historiología de Castro, pero convendría precisar que se trata de un «Dilthey orteguizado»: Castro, en efecto, llega a Dilthey a través de la doble vía de los estudios de Ortega sobre «Dilthey y la idea de la vida», publicados en *Revista de Occidente* en 1933 y 1934, y de las traducciones de la obra de Dilthey llevadas a cabo por el orteguiano Eugenio Ímaz. Tampoco vendría mal señalar en propósito la influencia de su yerno, Xavier Zubiri, muy importante en el desarrollo del pensamiento de Castro en el exilio, en este y en otros aspectos, y de quien dirá, por ejemplo, que «resulta ser el primer auténtico filósofo español, desde Suárez y Vives» (24 de enero de 1941). La cita final de esta introducción corresponde al estribillo del *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe*, de San Juan de la Cruz, aunque aquí se emplea en el sentido que le dio Pedro Laín Entralgo en el «Monólogo bajo las estrellas» incluido como cierre de su libro *España como problema*. Para la cita del nexo que establece el propio Castro entre la Guerra Civil y su obra del exilio hubiéramos podido recurrir a numerosos textos, suyos o de sus mejores críticos y comentaristas, dada la radical importancia que reviste y la clara conciencia con que ha sido explicitado por unos y por otros, con Castro en cabeza; en nuestro caso está sacada de la «Conversación con Américo Castro» que mantuvo Andrés Amorós en *Revista de Occidente*, núm. 82, 1970, y ha sido una forma de llamar la atención sobre el papel de aquellos jóvenes que a finales de los años 60 se interesaron en España por la obra de Castro. Su labor no fue en vano, desde luego, aunque no pudieran sacarle del «purgatorio» en que se sintió a su vuelta a España.

De ese purgatorio parece no acabar de salir ni aun ahora, índice de una sutil forma de condena que sigue siendo operativa en nuestra flamante democracia. La publicación de su *Obra reunida* en seis volúmenes se encuentra interrumpida (solo han aparecido los tres primeros en los años 2002 y 2004), creando un grave daño a su pendiente recepción española (porque lo que advino durante el franquismo no puede llamarse sino censura) y consolidando más allá del exilio un «destiempo» inaceptable en la vida democrática de un país. Poco importa si las razones de la censura ideológica del franquismo han desaparecido en nuestra actual convivencia democrática, al menos en su superficie (la cosa no está para honduras), pues, a la postre, han sido sustituidas por otras que siguen teniendo un similar peso operativo, aunque de distinto sentido, y siguen manteniendo alto el precio de la condena. Aducen ahora razones de mercado y de *marketing* editorial, según dicen, y se quedan tan anchos, sin darse cuenta de la

ideología que subyace a esas razones, sin caer en la cuenta que la condena es condena, como la mona es mona aunque se vista de lo que sea. La edición de unas *Obras* —completas o reunidas que sean— es una operación en extremo delicada, pues es en ella que cobra cuerpo un autor. Américo Castro es un corpus. De cómo se ordene y se edite depende la configuración del corpus, su forma efectiva, su salud, su capacidad para incidir en el contexto y establecer en él relaciones culturalmente productivas. De la forma del corpus dependerá su misma eficacia, su grado de vigencia en el tiempo, su valor y su fuerza para seguir hablando a una contemporaneidad que ya no es la suya. El proyecto de la edición de sus obras era —y es— un excelente proyecto, pero si no se completa en breve, si queda como está, interrumpido, habrá contribuido a lo que precisamente quiso corregir con su nacimiento: la inadecuada recepción española de Castro.

La bibliografía sobre la obra de Castro es ya muy abundante. Además de los ya citados *Américo Castro y la revisión de la memoria. El Islam en España e Introducción a Américo Castro. El estilo vital hispánico*, el primero coordinado por Eduardo Subirats y el segundo de Paulino Garagorri, el lector interesado puede consultar los siguientes estudios y trabajos: Francisco Márquez Villanueva, «Prólogo», en A. Castro, *Cervantes y los casticismos españoles y otros estudios cervantinos*, Madrid, Trotta, 2002 (en cuya pág. 12 se encuentra la cita relativa a los artículos sobre «Lo hispánico y el erasmismo»); Julio Rodríguez-Puértolas, «Prólogo», en A. Castro, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, Madrid, Trotta, 2002; Juan Goytisolo, «La imaginación histórica», en *El epistolario (1968-1972). Cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo*, ed. de Javier Escudero Rodríguez, Valencia, Pre-Textos, 1997; Julio Almeida Nesi, *El problema de España en Américo Castro*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1993; *Homenaje a Américo Castro*, ed. de José Jesús de Bustos Tovar y Joseph H. Silverman, Madrid, Universidad Complutense, 1987; Guillermo Araya, *El pensamiento de Américo Castro. Estructura intercastiza de la historia de España*, Madrid, Alianza, 1983; José Luis Gómez-Martínez, *Américo Castro y el origen de los españoles. Historia de una polémica*, Madrid, Gredos, 1975; Aniano Peña, *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*, Madrid, Gredos, 1975; *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, dir. Pedro Laín Entralgo, Madrid, Taurus, 1971; Guillermo Araya, *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1969; *Américo Castro: The Impact of His Thought*, ed. de Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán y Daniel P. Testa, Madison, University of Wisconsin, 1988; *Américo Castro and the meaning of Spanish Civilization*, ed. de José Rubia Barcia, Berkeley, University of California Press, 1976; *Collected Studies in Honor of Américo Castro's Eightieth Year*, ed. de M. P. Hornik, Oxford, Lincombe Lodge Research Library, 1965; Marco Cipolloni, «Introduzione», en A. Castro, *Il pensiero di Cervantes*, Nápoles, Guida, 1991.

Sobre la obra de Marcel Bataillon, además del ya citado *Marcel Bataillon. Hispanisme et engagement*, de Claude Bataillon, deben tenerse en bue-

na consideración al menos los siguientes trabajos y estudios: *Seis lecciones sobre la España de los Siglos de Oro. Homenaje a Marcel Bataillon*, ed. de Pedro Piñero Ramírez y Rogelio Reyes Cano, Sevilla, Universidad de Sevilla & Université de Bordeaux III, 1981; *España y América en una perspectiva humanista. Homenaje a Marcel Bataillon*, ed. de Joseph Pérez, Madrid, Casa de Velázquez, 1998; Pierre-Antoine Fabre, «Ignacio de Loyola, Marcel Bataillon y España», en M. Bataillon, *Los jesuitas en la España del siglo XVI*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2010; Mercedes López-Baralt, «Marcel Bataillon, historiador de la colonia», en *La América colonial en su historia y literatura*, ed. de William Mejías López, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998; Francisco Rico, «Nota preliminar», en M. Bataillon, *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 1977; Simona Munari, «Introduction», en *Lettres de Marcel Bataillon à Jean Baruzi (1921-1952). Autour de l'hispanisme*, Turín, Nino Aragno & Collège de France, 2005; *Autour de Marcel Bataillon. L'œuvre, le savant, l'homme*, ed. de Charles Amiel, Raymond Marcus, Jean-Claude Margolin, Agustín Redondo, París, De Boccard, 2004; *Les cultures ibériques en devenir. Essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977)*, ed. de Jacques Lafaye, París, Fondation Singer-Polignac, 1979; *Hommage à Marcel Bataillon*, núm. monográfico de *Revue de Littérature Comparée*, núms. 2-4, 1978; *Hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977): Collège de France, 17 février 1978*, París, Fondation Singer-Polignac, 1978; *Homenagem a Marcel Bataillon*, París, Centro Cultural Português & Fundação Calouste Gulbenkian, 1975; *Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les hispanistes français*, ed. de Maxime Chevalier, Robert Ricard, Noël Salomon, núm. monográfico de *Bulletin Hispanique*, núm. 64, 1962. La bibliografía más completa y exhaustiva de Marcel Bataillon es la preparada por Charles Amiel para su edición de *Érasme et l'Espagne*, Ginebra, Droz, 1991.

Por lo demás, el lector sabrá disculpar la libertad que me tomo en no corregir ciertos italianismos de mi escritura, prueba de lo que soy y no quiero dejar de ser, en el seguro horror —que no azar— de los curas y bachilleres de nuestro tiempo. Ellos han de quejarse, sin duda, de la falta de notas a pie de página y de otras lindezas por el estilo. La memoria de la ironía moral del prólogo de Cervantes a la primera parte del *Quijote* no me lo permite. Acaso digan que es una falta de respeto a la comunidad científica, y tienen razón, pues es, en efecto, una deliberada falta de respeto al compadreo que se estila en nuestras universidades. De seguro que ni a don Américo ni a don Marcelo les hubiera parecido mal. *Vale*.

A quien sabe brillar en el fracaso y «ser sol que se pone».

Is Arenas, julio-agosto de 2011